

**Pedro Rodríguez**  
de la luz en lo transparente

A la memoria de Pedro Rodríguez Grande-Caballero, mi padre.

Organizan: CEPSA y Autoridad Portuaria de Huelva

Director de CEPSA Refinería 'La Rábida': Juan Manuel Díaz Cabrera

Presidente de la Autoridad Portuaria de Huelva: José Antonio Marín Rite

Colabora: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía

Textos: José Baena, Charo Olías, Faustino Rodríguez, Antonio Belmonte, Juan Carlos Castro, Diego Roperó-Regidor, Juan Manuel Seisdedos, Uberto Stabile, Rafael Delgado (por orden de aparición)

Diseño y Maquetación: David Robles (Gestocomunicación)

Fotografías: Ivan Quintero

Ilustración Pedro Rodríguez (pag. 108): David Robles

Imprime: Gómez Alcalá, S.L.

# Pedro Rodríguez

de la luz en lo transparente



**Puerto de Huelva**

PEDRO RODRÍGUEZ, LA ELEGANCIA DEL GESTO. Juan Manuel Díaz Cabrera. Director CEPSA Refinería 'La Rábida'.

José Antonio Marín Rite. Presidente de la Autoridad Portuaria de Huelva.

Antonio Belmonte, Emilio Díaz Cantelar, Juan Manuel Seisdedos, Faustino Rodríguez y, ahora, Pedro Rodríguez Cruzado, cinco pintores contrastados, cinco maneras de comprender, y apreciar, una realidad con color, dibujo y formas propias creadas y ejercidas desde Huelva.

Cuando en 2004 nos propusimos potenciar el arte pictórico onubense amparándonos en sus más representativos ejemplos, no dudamos en llamar como compañero de viaje a la Autoridad Portuaria de Huelva (APH) y a la delegación provincial de Cultura de la Junta de Andalucía, instituciones que, junto a CEPSA, apuestan por la responsabilidad social en su entorno inmediato. Hasta la fecha, la determinación nos ha deparado, a todos, muchas satisfacciones, pues es, sin duda, una hermosa cita (marcada ya en el calendario cultural de la provincia) donde podemos medir y comparar el peso de una de las artes más activas del momento, la pintura.

La pintura de Huelva, desgraciadamente, es una gran desconocida, no sólo aquella que lustraron con crédito y ambiciones los artistas del siglo XX, sino incluso la que en la actualidad, bajo la vorágine de un reguero expedito de información y medios, compone un mundo sorpresivo y sorprendente con sello particular. Esta razón, fomentar el arte de Huelva, nos empujó a programar anualmente una exposición de un pintor de nuestra provincia con proyección nacional e internacional.

Ahora, como antes escribíamos, llega el turno de Pedro Rodríguez, un ejemplo manifiesto de artista hecho así mismo, con una honestidad abrumadora, con un buen hacer exquisito y con un sentido estético propio libre de prejuicios (modas y modales), aunque a lo largo de su dilatada carrera a su intelecto y paleta le lleguen rastros y rostros, como a tantos, perceptibles y (re)conocidos. Si con alguna palabra tuviera que definir su obra, elegiría, entre tantas, una que, creo, sobrevuela majestuosa y bella entre sus naturalezas muertas y paisajes: elegancia. Pudiera buscar otras, muchas dirías, pero sus composiciones son de una sencillez de trazo elegantísimo, muy en la línea juanramoniana de 'basta lo suficiente'. Con tan poco, lo que tanto nos dice.

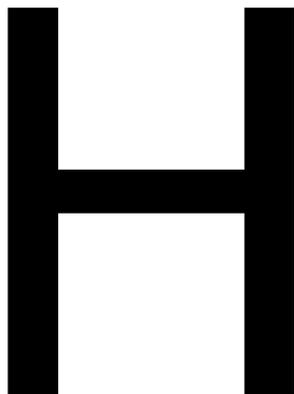
Tenemos los onubenses el privilegio de vivir en una tierra luminosa. Esta característica se acentúa en la Ribera del Tinto desde San Juan del Puerto hasta La Rábida. En estos lugares la luz es tan intensa, tan llena de matices, tan rica, que, además de asombrar a todo aquel que llegando de otros lugares tienen la ocasión de disfrutarla, ha influido extraordinariamente en sus artistas, y no solamente en los plásticos, convirtiéndose en elemento esencial de sus obras que difícilmente pueden entenderse sin el componente de esa luz que les ha seducido. Este es el caso de Pedro Rodríguez, tan de Moguer también en esto.

Nuestro pintor se acerca a las cosas con sencillez y con autenticidad no fingidas, como ocurre con los verdaderos creadores toma la naturaleza, la pasa por su interior y saca otra cosa que es y no es lo mismo, pero siempre es un resultado bello y sincero, no hay trucos ni subterfugios en su manera de pintar.

El Puerto de Huelva está muy satisfecho de poder colaborar, una vez más junto con CEPSA, en esta exposición, con la que tratamos de ofrecer, simplemente para el disfrute de los onubenses, una muestra de la obra de Pedro Rodríguez, pintor de Moguer.

PEDRO RODRÍGUEZ,  
EN LA TRANSVANGUARDIA,  
BAJO EL CIELO DE MOGUER.

José Baena Rojas



e seguido, con atención, la evolución pictórica de Pedro Rodríguez. Con atención y admiración me he sumergido en su mundo estético sin forzar la mirada ni sufrir la dolorosa visión de lo creado en mundos irreconocibles, retorcidos, caóticos. Siempre la contemplación de su obra me ha producido un deleite calológico más allá del mero gozo; me ha conducido a mundos cercanos y entrañables sublimados de lo real donde las apariencias se diluyen y surgen, como reencarnados, colores, formas, objetos diversos. Su paleta, delicada, acaricia suavemente, como un beso la tabla o la tela y traza en un mínimo espacio la inmensidad de un espíritu extraordinariamente refinado.

Nunca en un creador se ha dado como en él la conjunción del hombre con la obra. Se podría afirmar que una es continuación lógica del otro. Su consciencia pictórica en su subjetividad inmanente no se opone a la vitalidad del artista que sabe profundizar en la vida, en su verdad más descarnada.

Hoy, cuando se desvanecen las mentiras de siglos, cuando caen las máscaras, el artista se desnuda de "ilusión" y se queda solo. Ya no existen valores absolutos, nada que lo sustente, ningún Dios ordenador, creador, consolador de miedos esotéricos.

Hoy, cuando el mundo parece vaciarse de sentido y se aferra a la voluntad, a la necesidad de aceptarse a sí mismo y de repetirse, el artista mastica amargamente su soledad creadora, que no es más que la prolongación de la soledad del hombre.

Hoy es cuando en Pedro Rodríguez no hacen mella la caída de los valores más altos y más seguros que cimentó el nihilismo imbricado en toda la cultura occidental. Su coherencia creadora no quiso construir -a la manera de Nietzsche- un pensamiento pagano, politeísta, hostil a todo ideal, a todo igualitarismo, un pensamiento que se asentase en la vida y el devenir, criticando los defectos de la cultura occidental en cuanto que prima la verdad establecida, el monoteísmo y el sentido de la existencia referida a una norma o modelo, propugnando un pensamiento que luche contra la razón, y sea diferente, distinto, original.

Destruir un paradigma establecido no es su vocación ni su objetivo. Ni ello implica un ascenso a los instintos, sino la creación de una nueva certidumbre matrimoniada con el instinto en función de la vida y la armonía.

Entiende la realidad como mezcla de coherencia e incoherencia, de orden y desorden. Lo real se basta a sí mismo. La moral no debe ser un obstáculo para el reino de la belleza.

El "todo vale" post-moderno, que no sólo está presente en las últimas tendencias artísticas -ruptura de cánones, vacío ideológico- sino que ha tomado cuerpo en el sentir y ser del hombre de nuestro tiempo se hace tangencial en Pedro Rodríguez; su pasión creadora lo ha sistematizado mágicamente en una tensión creativa que se diluye por los poros de la sensibilidad, de la pureza, de la inocencia más absoluta. No se produce una liberación de su ser artístico, un neo-renacimiento sino un nuevo ser liberado que se asienta en su pasado con afecto y lo entronca plácidamente en su presente creativo.

Decía Richard Feynman : "Lo que necesitamos es imaginación, pero imaginación dentro de una terrible camisa de fuerza. Tenemos que encontrar una nueva visión del mundo que ha de estar de acuerdo con todo lo conocido, pero con algunas predicciones en desacuerdo; de otra forma no es interesante. Y ese desacuerdo ha de coincidir con la naturaleza. Si se encuentra cualquier otra visión del mundo acorde con todo lo hasta ahora observado, pero en desacuerdo en algún otro punto, se ha hecho un gran descubrimiento. Es prácticamente imposible, pero no del todo..."

Las palabras de Feynman, un científico, encarna perfectamente en la obra de Pedro Rodríguez; su intención creadora ajena de tensión, al menos en la superficie, sin voluntad consciente de una ruptura inútil y vana, tan presente en el llamado arte moderno, no permanece ajena a esa otra voluntad creativa a la que se enfrenta cada día y por la que navega en un mundo lleno de colores, envuelto en azules, rojos, amarillos, naranjas, verdes... Un arco iris que lo envuelve sentimental y pictóricamente. Un mundo hermoso creado por él donde el espectador deja amorosamente circular su mirada en un viaje fascinante y placentero.

Enrique Juncosa considera que el formalismo reduccionista del minimalismo supuso el auténtico final de la vanguardia, entendida como proyecto histórico. A mediados de los años sesenta, artistas de todo el mundo se volcaron a la liquidación definitiva del dogma y los valores unívocos y absolutos.

Desde entonces se vive en un mundo contradictorio y multidireccional. Este fenómeno que ha querido verse como ilustrativo de un nuevo tipo de sociedad poscapitalista, constataadora del fracaso del marxismo, se ha denominado postmodernidad. Y considera que el arte de vanguardia ha terminado en los museos. Claro que la lógica interna de la vanguardia no debe conducir a la destrucción de la propia obra, puesto que esta tiene el valor de, por sí misma, ser destructora demostrativa de lo anterior en un sentido amplio de evolución y ruptura positiva. Ahí parece instalarse nuestro creador, desde la humildad luminosa de su pueblo -Moguer, siempre dando a entender que, en el sentido de lo afirmado por Juncosa, no hay nada más vanguardista que escandalizar con la propia obra en oposición con la anterior, incluso de la misma obra, que no hay nada más escandalizador que la coherencia y el trabajo decente, bien hecho.

Si matamos al padre ya no tenemos enemigo al que combatir y la intención de la vanguardia era, no matarlo sino ser distinto y superarlo. Ese es su instinto de superación y, Pedro Rodríguez, nos dice modestamente, en voz baja, casi en silencio, con extraordinaria humildad pero gritando creadoramente que no hay que quedarse en lo llamativo de la ruptura.

La imposición constante de novedad para un artista es francamente negativa.

Dice Óscar Tusquets que siempre se ha avanzado, no de forma lineal sino por escalones. Hay gente dotada que destaca y aporta algo nuevo. Aunque, mejor dicho, en el arte no se avanza, el arte se mueve pero no avanza. ¿Entre un friso de las Penateneas y una escultura de Henry Moore, qué es más avanzado y qué es más primitivo? Esta apreciación del arquitecto-artista Óscar Tusquets pone, en pocas palabras, el dedo en la llaga de un aspecto del arte del que sería muy interesante reflexionar.

Se ve más la evolución artística si tomamos como referencia el arte rupestre y Picasso, que entre Grecia y nuestra cultura contemporánea. Aunque el mismo Picasso dijera que le gustaría pintar como un niño, en el sentido de recobrar espontaneidad y frescura. El mundo avanza y la expresión artística se circunscribe al tiempo que le ha tocado vivir, salvo esto, lo único que podemos decir respecto del progreso en el arte es la distinta visión de cada artista.

Rodríguez nos plantea, más allá de las vanguardias, el arte como fuente de conocimiento pero el arte, también, como reflejo del mundo interno del artista, de sus miedos, de sus amores, de su espacio vital y/o intelectual; el arte como conocimiento y el arte como expresión de lo bello en la más fiel concepción artística, inserta en la historia, en el hombre y en su historia. Se expresa en lo figurativo y se expresa en la abstracción, dejando siempre la impronta indeleble de su personalidad como creador, porque Pedro Rodríguez, tiene la suerte de ser reconocido, de tener un estilo, un sello personal. La vida, la pasión, los deseos, una visión del mundo, se refleja en sus obras, siempre.

Su pintura nos educa la mirada y nos aporta la sensibilidad necesaria para acercarnos y disfrutar, sin dudas, sobre su arte. Nos aleja de las minorías privilegiadas, elitistas y nos transforma en privilegiados espectadores, iluminados por la belleza.

Francisco Calvo Serraller tacha de quejumbroso, doliente y resignado al arte de finales del siglo XX. Frente al optimismo del arte de anteguerra (II Guerra Mundial), el del final del siglo sería un arte atacado por la melancolía.

El contraste, dice, con el de comienzos del siglo XX es brutal. Los cubistas saludaban el nacimiento de un nuevo lenguaje artístico autónomo; los futuristas adoraban las máquinas; los constructivistas se creían ingenieros de un nuevo orden basado en la ecuación de la revolución industrial más comunismo; los dadaístas, en fin, se plantearon la destrucción del arte, y sus herederos inmediatos, los surrealistas, la creación de una sociedad artística en la que el deseo se impusiera a las violencias de lo razonable...

La respuesta de Pedro Rodríguez viene no en refugiarse en una fórmula, en una visión concreta, unidireccional, sino en una asombrosa síntesis de color, siempre el color, y de estructuras, de soledad, también, como pregunta radical -no aparece el hombre- y señalar una puerta entrevelada al optimismo y a la esperanza. Nunca la melancolía porque la alegría invade la estancia de su mundo pictórico, y la esperanza.

No nos confundamos, Pedro Rodríguez no pinta contra una idea de trascendencia, ni contra la opresión del poder, ya sea este eclesiástico o burgués, ya sea una oligarquía que imponga un arte retórico y complaciente. No deshumaniza su arte, ante la ausencia de lo humano se hace más humano pero de distinta forma.

La realidad conflictiva, hiriente del mundo actual; la situación social injusta, la posibilidad de destrucción universal, la conciencia de pérdida del ser, de toda certidumbre, la duda permanente, la crisis inacabada, la pérdida del concepto de lo histórico... Todo ello desemboca en una ética y en una estética revolucionaria que en este caso se torna una revolución poética, lírica.

La pérdida de fe en el progreso que en nuestro tiempo instala el Apocalipsis, no ya en el espacio de la vida extraterrena, sino en el umbral de la propia existencia que provoca una revisión permanente del concepto no ya del arte, sino de la cultura, es tamizado por Rodríguez en una especie de sublimación positiva hacia otra dinámica de lo humano haciendo del nuevo logos que la técnica impone una adaptación y exigiendo un tiempo, que es, justamente, este para su conformación.

Entiende como tarea del arte superar, sobreponerse a la realidad, alcanzar un mundo poético, de verdades abstractas y construir desde él una nueva realidad.

Mondrian y su movimiento neoplasticista partían de la constelación del caos y la destrucción social, de la constitución artística de un orden espiritual universal y absoluto susceptible de convertirse en principio de organización social.

El artista como Demiurgo, como sacerdote de una nueva era; un meta-arte; es una tentación que se hace más patente en tanto que más generalizada, en esta época, sin embargo, Pedro Rodríguez, inmerso en este paradigma como hombre del tiempo en el que le ha tocado vivir crea una visión sin pretensiones pero no ajena, una visión dulce que nace de un desgarramiento ético-estético y nos transporta a través de una nueva escala de Jacob del espíritu a la materia, del dolor a una desconocida visión salvadora y optimista y revolucionaria. El mundo y la sociedad se convierten en motivos para una nueva obra de arte.

Conforme se diluye el impulso original de la vanguardias, va tomando cuerpo una expresión artística menos revolucionaria, más vacía de contenido utópico, más ajena a los conceptos de libertad, de justicia, de transformación social. Un arte que pretende la pureza geométrica, la asepsia, el color puro y simple, la mancha como expresión del impulso creador sin compromiso (Sicilia) y por otro lado la huida de una cultura tecnológica, de una selva urbana hiriente, deshumanizada, trepidante que hace al artista mirar hacia culturas más "primitivas" o, mejor, menos tecnificadas (Barceló), como forma de recuperar la pureza primigenia.

Decía Klee: "Cuanto más espantoso es el mundo, tanto más abstracto el arte, mientras que un mundo feliz crea un arte terrenal".

Quizás Pedro Rodríguez no pretenda, no ya cambiar el mundo, ni construir otro más verdadero, sino, sencillamente, hacer el viaje lo más cómodamente posible, aplazando el más allá; vivir el tiempo propio, el tiempo del hombre atrapado, como nunca, entre la voluntad y el destino. Precipitado a un abismo, que más allá de sí mismo, lo lleva al deseo de renacer; su salto, necesariamente mortal, busca el objetivo, a través del lenguaje artístico, de un nuevo ser prototípico; héroe redivivo, cansado de luchar, perdedor de mil batallas, centro nuclear de un mundo nuevo bajo un nuevo sol.

Es el fondo de la vieja polémica de la autonomía del arte, planteada por el dadaísmo e incluso por el surrealismo; y en otro terreno por la estética hegeliana.

Al principio de la guerra civil española, el gran poeta onubense Rafael Manzano, ante la visión de un canario cantando en una jaula, la golpea, violentamente, y grita: “¡Muera la poesía lírica!”. Pedro Rodríguez, hijo de una España desgarrada, vio con su mirada de artista la injusticia, la incomprensión, la dictadura, el hambre, la incultura... para gritar en cada una de sus pinceladas, en cada una de sus obras: ¡viva la poesía lírica! Porque en él la salvación del arte está al servicio de una idea, de una transformación social transmutada en puro lirismo, porque incluso en su negación el arte no se suprime, en tanto en cuanto no se suprimen los sentimientos, la sensibilidad, la imaginación, el talento mismo.

La respuesta a una sociedad que se agita en sus entrañas, que sufre, que se destroza, no podía venir sólo del lado de la ciencia, de la política, de lo social; en este contexto el arte, debía implicarse, tomar partido, ayudando al hombre a encontrar la luz que ilumine su camino futuro, a encontrarse a sí mismo y a dar respuestas a sus preguntas de siempre; y este lo hace a costa de la propia negación del concepto de arte, de la destrucción de un paradigma que se concretiza en la búsqueda de formas abstractas y la materialización de la experiencia artística: la línea, el andamiaje que sostiene a lo real. En definitiva la destrucción, el destroce de la economía del arte; un arte que se hace sujeto de la belleza que envuelve el tiempo que vive, marginando la angustia.

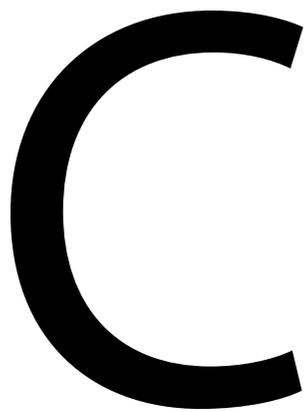
El miedo a la soledad -el hombre ausente- a la guerra o a la vida misma como realidad hiriente, lo lleva a una nueva fe en una belleza nueva.

El hombre post-moderno se tiene que encontrar a sí mismo; protegerse de sí mismo y construir nuevos valores, nuevos objetivos vitales sobre las ruinas de una fe perdida, de su nihilismo radical.

Calvo Serraller declaraba que casi un siglo después de que la Generación del 98 diera por enterrado el delirio imperial, la cultura española ha salido del ensimismamiento para entrar en un “cosmopolitismo militante” que amenaza por convertirla en feria de apariencias, y concluye haciendo una reflexión más generalista respecto al arte de este fin de siglo. “Lo que conocemos como arte, que empezó en el siglo XV, puede estar muriendo ahora”. Criticó el arte de “alteración” actual, debido a la masificación y trivialización de una cultura entroncada en las leyes del mercado, en la ignorancia y en el arrojito.

Esta etapa de fin de siglo XX -afirma Serraller- no viene definida por la aparición de genios singulares en el mundo artístico, sino por la sucesión de acontecimientos espectaculares, ferias masivas, y museos de arte que no tienen colección propia. El público -añade- ve las cosas sin amarlas. Y concluye, parafraseando a Juan Ramón Jiménez, “el arte no es para mayorías sino para inmensas minorías”.

Pedro Rodríguez es hombre de su tiempo y construye desde la coherencia creadora un mundo pictórico que destruye ese anarquismo radical que nos sacude hoy, haciendo una propuesta positiva más allá de las modas y las escuelas, propuesta entroncada en sí mismo como artista de su tiempo, en un tiempo y al mismo tiempo, singular.



Conozco a Pedro Rodríguez hace muchos años y ya entonces, sin que existiera todavía la amistad que ahora nos une, habría podido escribir sobre su obra con la misma emoción y verdad con que lo hago hoy.

Pedro Rodríguez no es, afortunadamente, un pintor de masas que deslumbra con falsos efectos lumínicos y equívocas realidades.

No es un pintor ocasional que ofrece fórmulas y recursos fáciles a los que tan acostumbrados estamos los que ya tenemos una edad y los años nos dan la suficiente experiencia para saber detectar dónde está la verdad.

No es el pintor que entra en el tan habitual juego de querer llegar apresurada y obsesivamente a no sé sabe dónde y a costa de lo que sea.

La pintura de Pedro Rodríguez es pintura de sencillez, de emoción, de misterio. Nos llega al corazón pero habiendo pasado antes por el exigente tamiz del cerebro. Nos conmueve, nos solivianta a veces... Es un oasis en mitad del desierto, un río que discurre serenamente, que amortigua su fluir haciéndolo, en ocasiones, casi imperceptible pero firme y seguro de cuál es su camino.

Pedro Rodríguez es un pintor fiel a sí mismo, con la honradez y la sinceridad suficientes como para perdurar a través de las modas y los modos, de las efímeras corrientes que se venden como innovadoras, encubriendo, a duras penas, una evidente falta de calidad.

Toda su obra tiene la sencillez del milagro, la humildad de lo prodigioso.

A su pintura hay que ir con los cinco sentidos, predispuestos a dejarse llevar por el cúmulo de sensaciones que provocan el conocimiento de la materia, el rigor, el trabajo bien hecho, la disciplina, el dominio del dibujo, el sabio uso del color y, sobre todo, el talento creador, sin el cual no es posible la obra de arte.

Su obra va de lo figurativo a la abstracción, de la abstracción a lo figurativo, complementándose, serenamente, sin sobresaltos. Y siempre con la depurada técnica a la que nos tiene acostumbrados.

A Pedro Rodríguez me une, además del oficio de pintar, aficiones compartidas, pasiones comunes y la amistad y el cariño que siento por él y por su familia. Es esta amistad y la admiración que siento por su pintura, lo que me lleva a deseárselo el mejor de los éxitos en la magnífica exposición que nos ofrece.





Tesoro de rubíes...

## A MI AMIGO PEDRO RODRÍGUEZ.

Faustino Rodríguez

# A

migo, permíteme que juegue al escondite bajo la sombra de la pintura: tu pintura y las luces que trascienden de la música que en estos momentos escucho, que son, a mi manera de ver, concluyentes. ¡Qué más da un caballete o los folios de una partitura; que más da el medio de expresión, si el resultado final es el querido por el artista, que encuentra así, la forma de plasmar sus sensaciones, sus sentimientos! El mundo puede llegar a estar en un jardín, encerrado en una esfera, en un caos de reflexión, un lugar a donde afluyen, como al pentagrama, las notas, los hados verdes de la creación.

Aquí llego tranquilo, cayendo relajado, antes con la música, ahora en el regazo que de la poesía trae tu pintura, de esa poesía pura que perseguía y de la que tanto gustaba a Juan Ramón, esa pintura libre de elementos innecesarios, esencia que perciben los sentidos al contemplar la naturaleza. . . “El crepúsculo andaluz está lleno de fulgores de agua, de ojos de insectos. Todo luce en la sombra, que no acaba de ser sombra”. Estas palabras –juego de sensaciones– me comunican tus obras, las que se plantean como figurativas –no sé por qué, ¿las manchas no son abstracciones?– y, las que terminan por confundirse, esfumarse, en el espacio determinado del cuadro. Fulgor blanco de aguas al empezar, rumor de aljibes al terminar.

Los lienzos van llenándose de ideas mientras, los sueños, se transmutan, aquí en pigmentos, ahora en óxidos, en tierras, carmines y ocre constreñidos; verdes y violetas y, aquí y allá, amarillo azafrán derramado, arrastrado junto con azules, con esos azules tan tuyos... el añil en los cielos, en las sombras, en las luces bruñidas, rubí en los frutos granados, en las nubes rosas y altas, en las paredes nápoles de tantos atardeceres; luz y más luz, que es tu Moguer.

Este enjambre cromático, orquesta de color, me produce una sinfonía de sensaciones recordando tu obra, que yo, me atrevería a señalar como puramente lírica: lo poético y lo pictórico unidos. Las notas de color que son de un piano antiguo, la travesura de luces y sombras que no acaban, que engañan a los sentidos en amable juego, que luchan entrelazadas, hermanadas como cuerpo y espíritu. Algo ignoto que buscamos, un fin desconocido pero insólitamente perceptible, sensorial, huidizo. La vida de los seres que amamos y que ya no están, los sueños de los veranos que pasaron, pero que, como reverberaciones permanecen aleteando, igual que vencejos por las azoteas de nuestros recuerdos.

Todo es arte en conjunto, todo es universo primordial y efímero; arte sin el cual la existencia sería muy cuesta arriba y su vivir muy ingrato. Justamente, es por lo que pienso que la poesía y el mundo que aporta es sano y necesario e igualmente, no es casual en tu obra su contagio sino sustancia misma, fondo, barro salobre de marismas que se inundan de vida, de vida que impregna la tierra, la nuestra, y así, también, la de sus hijos.

S

Siempre he sentido un inmenso pudor a la hora de hablar de pintura, sentimiento que se agudiza con el desgranar del tiempo, quizás porque cuando se contempla una obra de arte, de ella emana su propia esencia, su lectura más precisa y contundente, sin tener que mediatizar las emociones a través de la palabra con su análisis o disección formal; su simple observación hace que se abra con la llave de la emoción, ese calidoscopio de sentimientos que configura el espíritu; es como un perfume que nos transporta a un tiempo esencial y místico.

La palabra a veces se torna banal cuando se habla de arte, es mejor contemplarla en silencio, la realidad desaparece y el tiempo queda suspendido por el hilo de la emoción.

No sé desmenuzar con florituras una obra de arte, pero sí la reconozco como al buen artista, aprecio ese barniz de la sencillez que impregna al artista y a su obra, es la nota de madera de un buen perfume, la propia esencia que unifica temática, forma y color.

La ausencia de ese revoco llamado vanidad que algunos artistas ostentan como abanderados de ese star-system de la modernidad, es lo primero que reconozco en esos buenos pintores y amigos, casi no tenemos necesidad de hablar de nuestros propios universos, hablamos de la vida en general, de lo existencial del hombre, de sucesos que hay que tratar con la intensidad que se merecen, la música del silencio, ése que es tan olvidado en esta sociedad donde impera tanto el ejercicio banal de la palabra.

Reflexiones que apunté con mi amigo Pedro una tarde de verano, entre risas reivindicábamos el estar exentos de pertenecer al circuito galerístico y mediático del arte, muy lejos de esas macro-instalaciones promovidas por instituciones, más parecido al reality show con tintes de prensa amarilla o a los dogmas imperantes oraculizados en cualquier desfile de moda.

De esta conversación surgió que éramos los nuevos cruzados, a ti Pedro te toca hasta por apellido; de esta cofradía somos muchos artistas, llevando como estandarte esa bohemia artística que impregna nuestro espíritu, reflejado en una obra sincera y emotiva, creando un compromiso, antídoto a una sociedad cambiante, donde a veces el culto a la obra de arte es canjeado por necesidades efímeras.

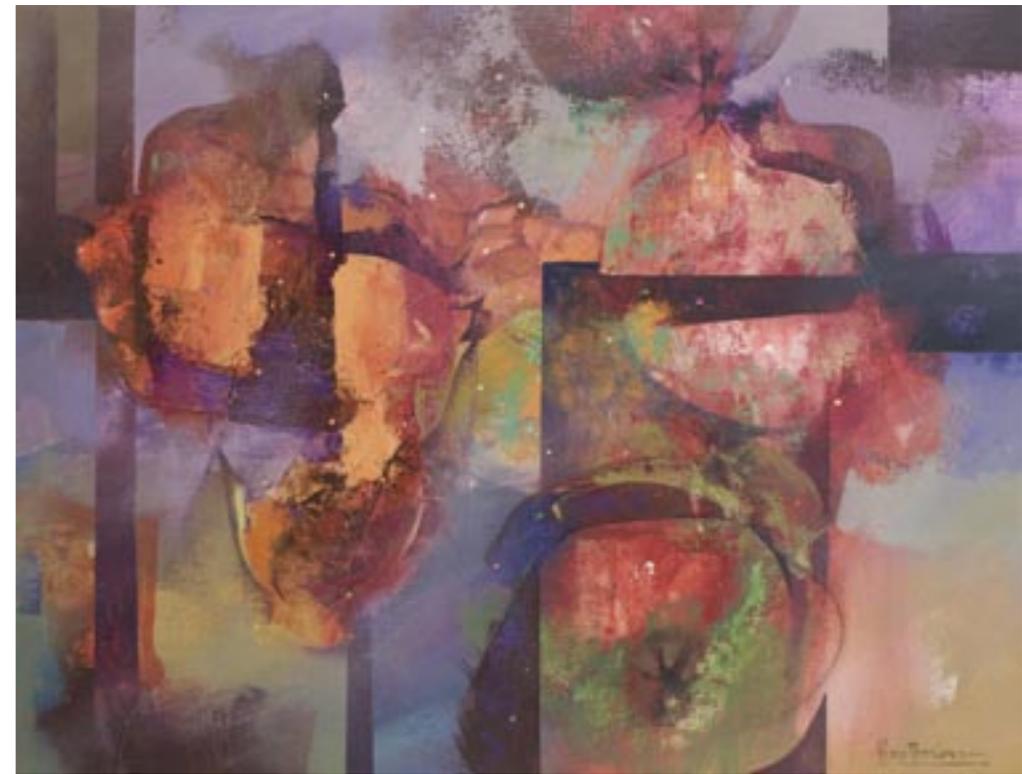
Con el desencanto tenemos que combatir los nuevos cruzados, a veces atrapamos sentimientos y otras nos sentimos olvidados como barco a la deriva.

Pedro, de todo ello hablamos, también de tu obra, ya sabes que admiro tu forma de plasmar las emociones, cómo dispones de notas de colores, corporizándolos en texturas y veladuras, esos juegos cromáticos donde tú creas tus propias leyes, expeliendo una energía desbordante, recordando la musicalidad de Stravinsky.

Siempre que recreo tu pintura veo el color rojo, te identifico con él, se adhiere a tu creatividad como un mantra silencioso, presente en lo esencial y, con este rojo de la memoria, recordé con su simbología una noticia muy triste, triunfo de la vileza de la sinrazón; rojo era el pañuelo que adornaba el cuello de una anónima muchacha de 20 años, el rojo que acompañaba la risa de la libertad y la felicidad. A ti, muchacha que fuiste fusilada en el temblor del amanecer por representar la felicidad y la libertad, los cruzados te acompañan con su eterno cariño; tu libertad y el arte iluminan el camino de la vida que a veces es sombrío.



A la izquierda, óleo/ lino. 100 x 81 cm.  
Arriba, óleo/papel Arches. 64 x 49 cm.





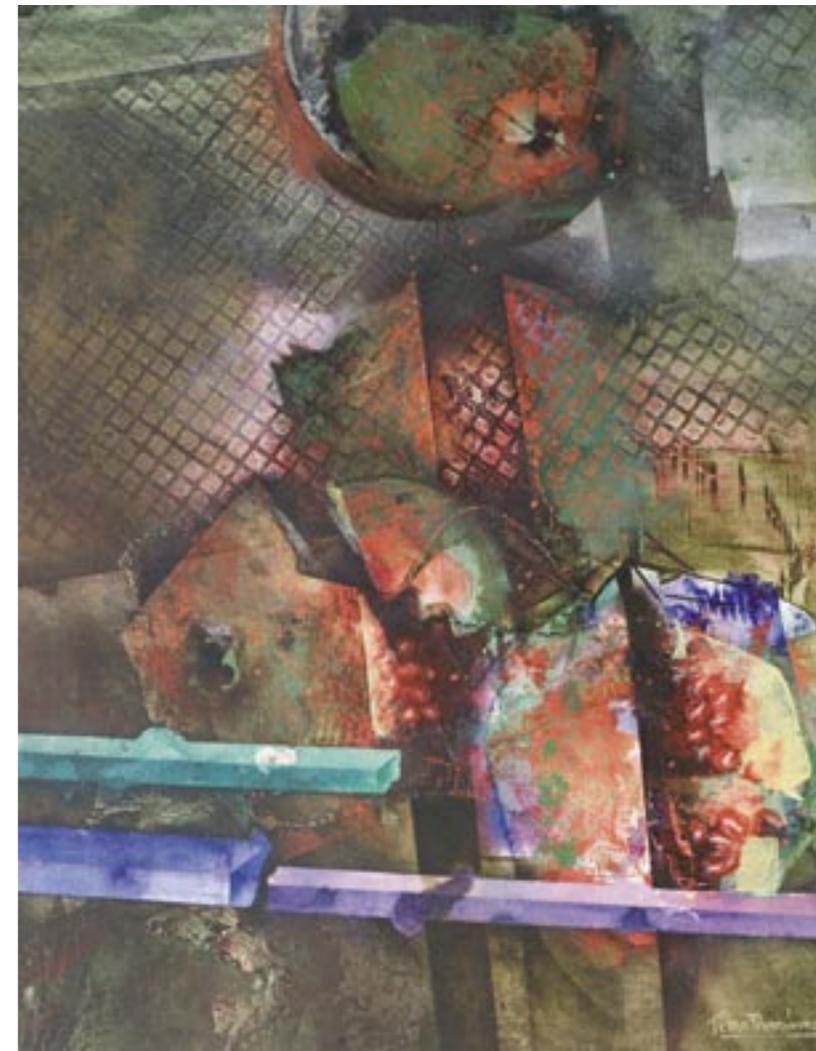
Acilico/ papel Arches. 48 x 34 cm.

Técnica mixta. 116 x 89 cm.



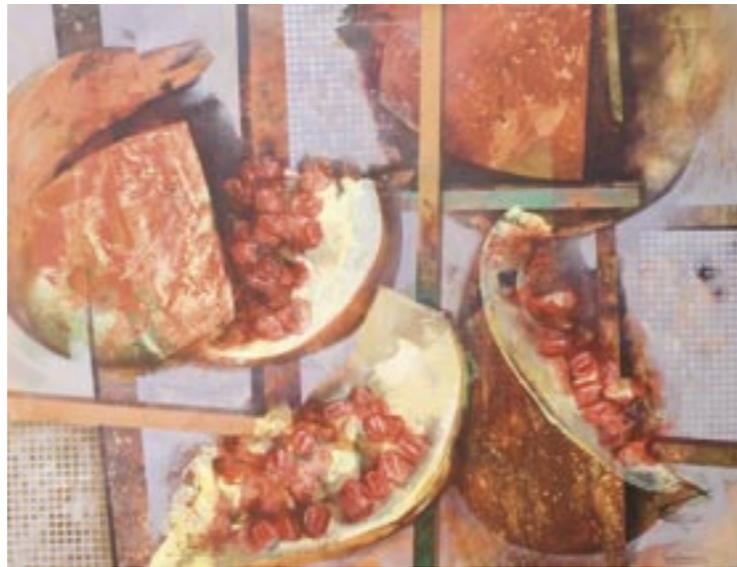


A la izquierda, acrílico/ papel Arches. 68 x 48 cm.  
A la derecha, técnica mixta/ papel tela. 62 x 48 cm.



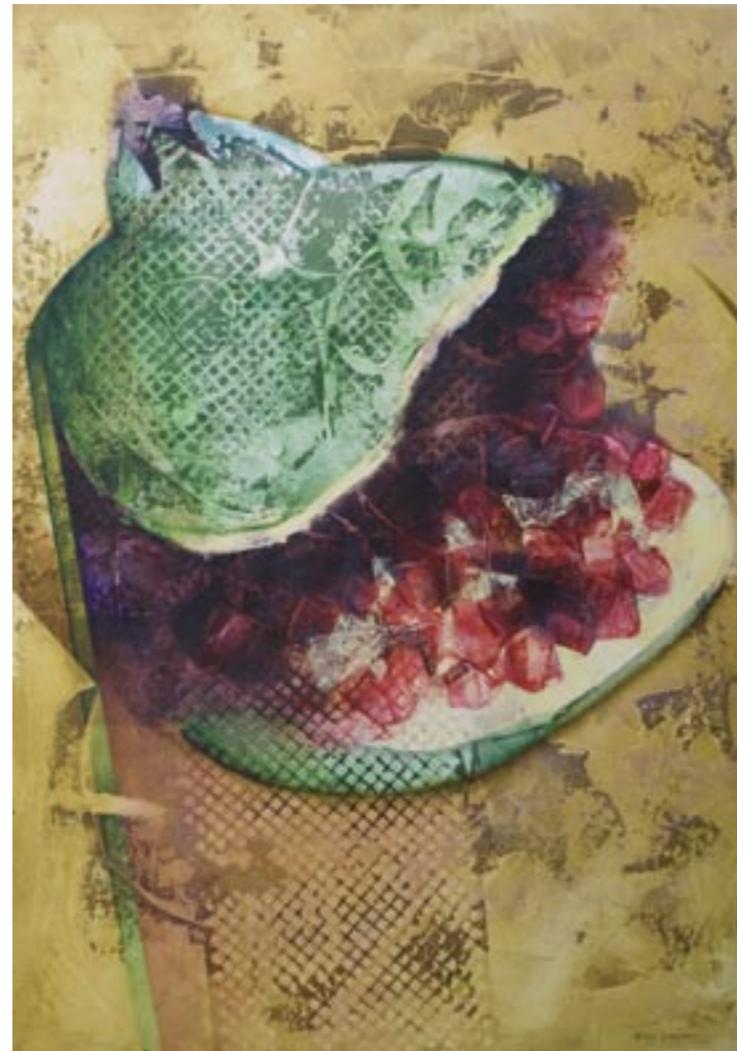
Óleo/ papel tela. 63 x 49 cm.





Arriba, técnica mixta/ lino. 116 x 89 cm. (ambos)  
A la derecha, técnica mixta/ lino. 89 x 58 cm.  
Páginas 46 y 47, acrílico/ cartón/ madera. 45 x 40 cm. (pieza)





Ácrico/ cartón. 105 x 75 cm. (pieza )







Evocación de las formas...

PEDRO RODRÍGUEZ  
Y SU IDEARIO DEL PRODIGIO.  
Diego Ropero-Regidor

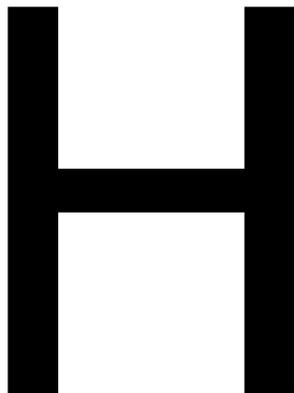


Los paisajes originales, aquéllos que nos acompañaron en los momentos más cálidos de la infancia, primitivos en su esencia, siguen intactos en la pintura de Pedro Rodríguez, amigo de estirpe agradecido, amable en sus maneras y en la proporción que alimenta las formulaciones del lienzo; casi no se inmutan ante la persistente erosión de la naturaleza propia, la suya, la que pisa y contempla desde un acantilado de la playa o desde la atalaya del molino de Viento, entre

granados en flor y cielos incandescentes, auténticos; aristas de edificios que se deforman o comprimen, expresión que le llega de su afán de superación y la ya dilatada carrera como artista autodidacta, preocupado siempre por su obra y los resortes de la materia, con una técnica que depura en cada entrega para alimento de los mortales.

En su oficio oscilan el tiempo detenido, la nostalgia de otras vivencias, la calidez transmutada en desobediencia contra los impulsos nocivos y el color hiriente. No. No inspiran desasosiego sus visiones. El vacío de vidrios que se agrupan sobre una tablazón o piedra invisible sigue siendo un tremendo desafío para Pedro Rodríguez; sobre este vacío emergen su ideario y el esplendor singular que hace de su obra un cauce inagotable bajo los destellos de un sol anaranjado a la

caída de la tarde tras la esbelta silueta de la iglesia de San Francisco. Moguer. De nuevo objeto moldeable, invención enfrentada a una realidad mucho más burda. Definitivamente su obra requiere el esfuerzo de todos los sentidos, nunca una mirada de soslayo, más bien nos invita a disfrutar en paz ante el prodigio.



ace no sé cuánto tiempo, en esta pequeña galaxia donde gira el mundo de la pintura onubense, me atraparon unos cuadros que emitían una luz transparente y misteriosa. Algo más tarde conocí al autor, a Pedro Rodríguez. De eso hace mucho. No sabría decir cuántos años por no medir el tiempo por años días o meses como hacen Hacienda o los bancos, sino más bien por determinados recuerdos o por ciertas emociones, o calculando el discurrir del tiempo a ojo de buen cubero. Práctica por cierto muy poco práctica, que acarrea algún que otro disgusto, pero que en mi caso sirve de coartada para justificar una pésima memoria. No obstante el conocimiento que puede llegar a tenerse de alguien no es cuestión de una presentación o de un encuentro puntual, sino más bien de ese ir y venir y cruzarse en los pequeños submundos profesionales, o de afinidades, en los que el mundo se divide. Esas coincidencias que, aparentemente porque sí, producen

simpatías o distanciamientos, nos sitúan, con respecto a los colegas, en el lugar espacial que nos corresponde. Personalmente estoy muy contento de sentir muy cercanos el arte y la persona de Pedro. Cercanos, no porque habitemos en pueblos muy próximos, Moguer y Trigueros, sino porque existe empatía plástica y personal; y además porque cada vez valoro más a los militantes de la belleza, como lo es Pedro Rodríguez, que se ha apañado para permanecer inmerso en ella. Vive en uno de los pueblos más hermosos de la provincia. Trabaja en talleres envidiables y tiene muy buenas relaciones con las plantas y la naturaleza, e incluso creo, que con esos seres complicados y peligrosos que damos en llamar personas. Esto aparte de ser un verdadero chollo, confiere carácter, que diría un cura, y en el caso de un artista se nota en su obra.

En la obra de un artista, y digo de un artista, hay muchas cosas escritas que suelen ser herméticas para un ojo poco avezado, porque no siempre los mensajes son evidentes y a veces laten ocultos por la belleza o fealdad del objeto artístico. La belleza o la fealdad de la obra, que además son valores bastante relativos y discutibles, son a veces la cáscara del huevo bajo la que se oculta lo esencial. Y para que las obras de arte no resulten como huevos vacíos, tiene que existir una inteligencia o una intuición, que es la forma que toma el conocimiento en manos del artista, y que es lo que hace interesante al trabajo creador; al trabajo de Pedro en este caso. Tampoco viene mal al arte una buena dosis de pasión, para que la inteligencia no muera de frío. Eso lo resuelve Pedro en cada cuadro sin saberlo pero sabiéndolo, que es una forma de sentir y de olvidar. El olvido es una de las disciplinas más difíciles en el arte; cómo olvidar los prejuicios, las cosas superfluas. En definitiva llegar al meollo esencial. Sintetizar para flotar sobre el viento turbio y estomagante de las cosas excesivas que contaminan la memoria y

tantas veces ensucian los cuadros. Y si difícil es olvidar, aun lo es más controlar el olvido, porque si te pasas te puedes convertir en portador de una mente desinflada, aunque con la capacidad y el consuelo de producir obras para otras mentes parecidas, que hay gente para todo.

No voy a entrar a desmenuzar los cuadros de Pedro. Eso es trabajo de críticos, porque aunque los cuadros tengan su propia y contundente voz, y en este caso yo añadiría: su limpia y cristalina voz, los críticos tienen su lugar importante en este momento de la historia del arte, que en gran medida ellos han escrito y orientado.

Hoy que es tan difícil tener un criterio en esto del arte -al menos así lo percibo- y la gente es tan cauta, o cicatera en algún caso, al emitir opiniones, es un alivio poder decir sin ninguna clase de recursos críticos ni literarios que me gusta la pintura de Pedro Rodríguez y disfruto con los cuadros que de él tengo colgados en casa. Celebro esta exposición, que es una oportunidad para observar su evolución y también de constatar su capacidad creadora

Alma que hereda  
presencia  
y figura  
de sensibilidad honda,  
extrañable exquisitez,  
que cultiva  
la estética como flor  
delicada  
de su jaulín desecado.

R. D. ✓





A la derecha, óleo/ lino. 65 x 54 cm.  
Arriba, óleo/ lino. 65 x 54 cm.



Arriba, *acrílico/ óleo/ cartón*. 74 x 52 cm.  
A la derecha, *acrílico/ óleo/ cartón*. 74 x 52 cm.





Óleo/ cartón. 105 x 75 cm.

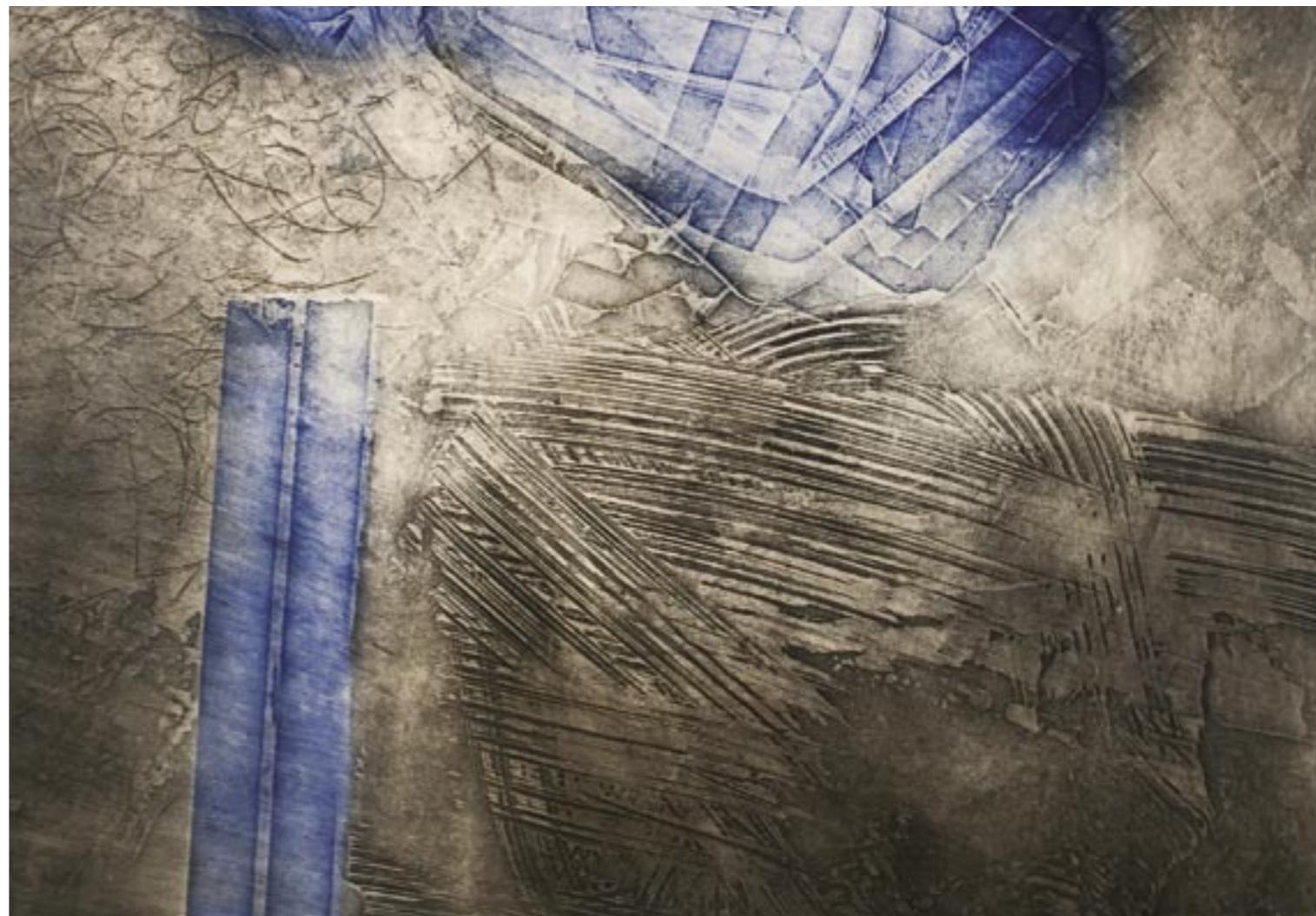
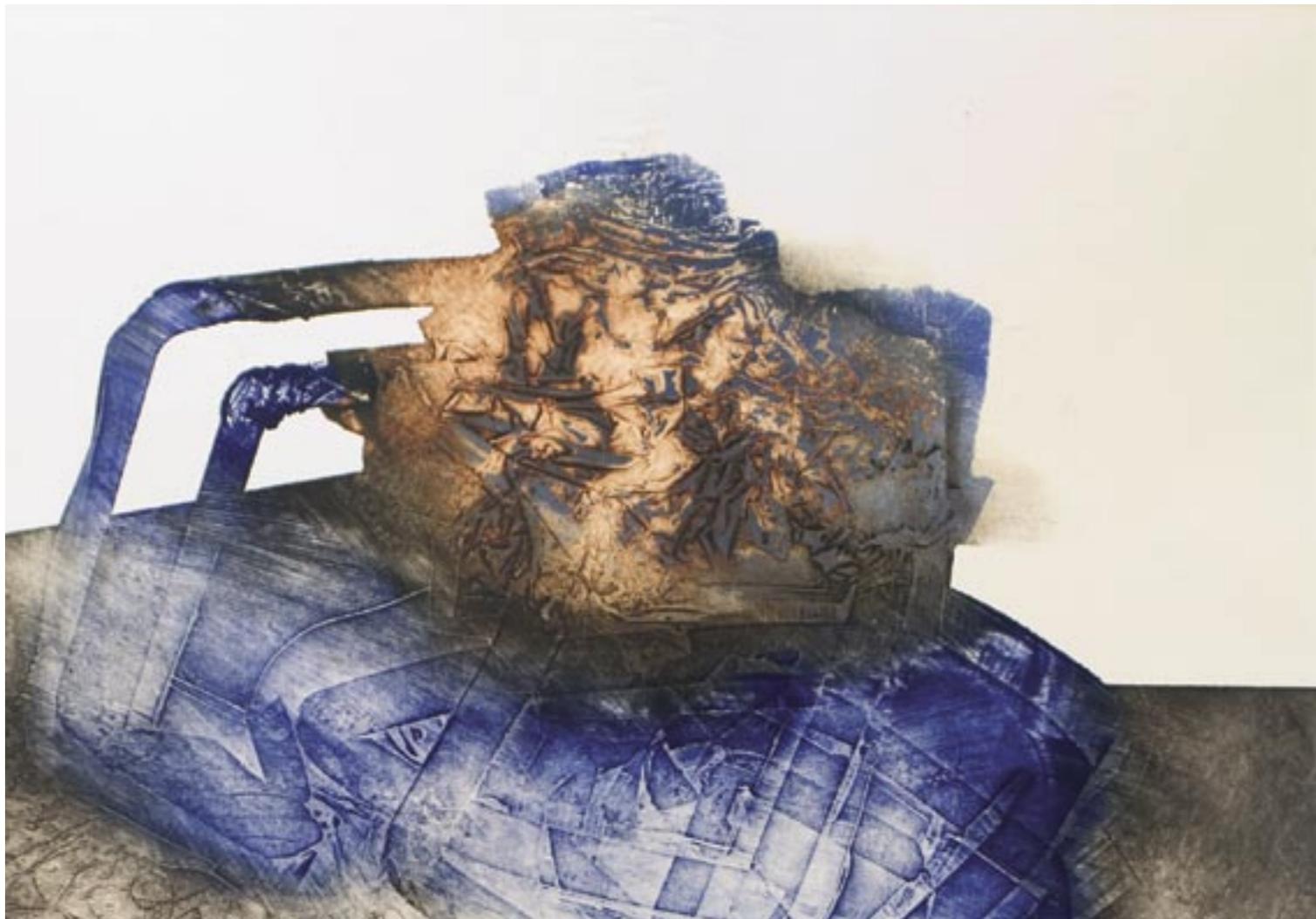


A la izquierda, óleo/ cartón. 75 x 54 cm.  
A la derecha, óleo/ cartón. 105 x 75 cm.





A la izquierda, acrílico/ gabardina. 116 x 89 cm.  
Arriba, óleo/ lino. 116 x 89 cms. y técnica mixta/ lino. 116 x 89 cm.  
Páginas 74 y 75, collagraph/ papel Superalpha 2 tintas. 70 x 51 cm. (detalle)



A

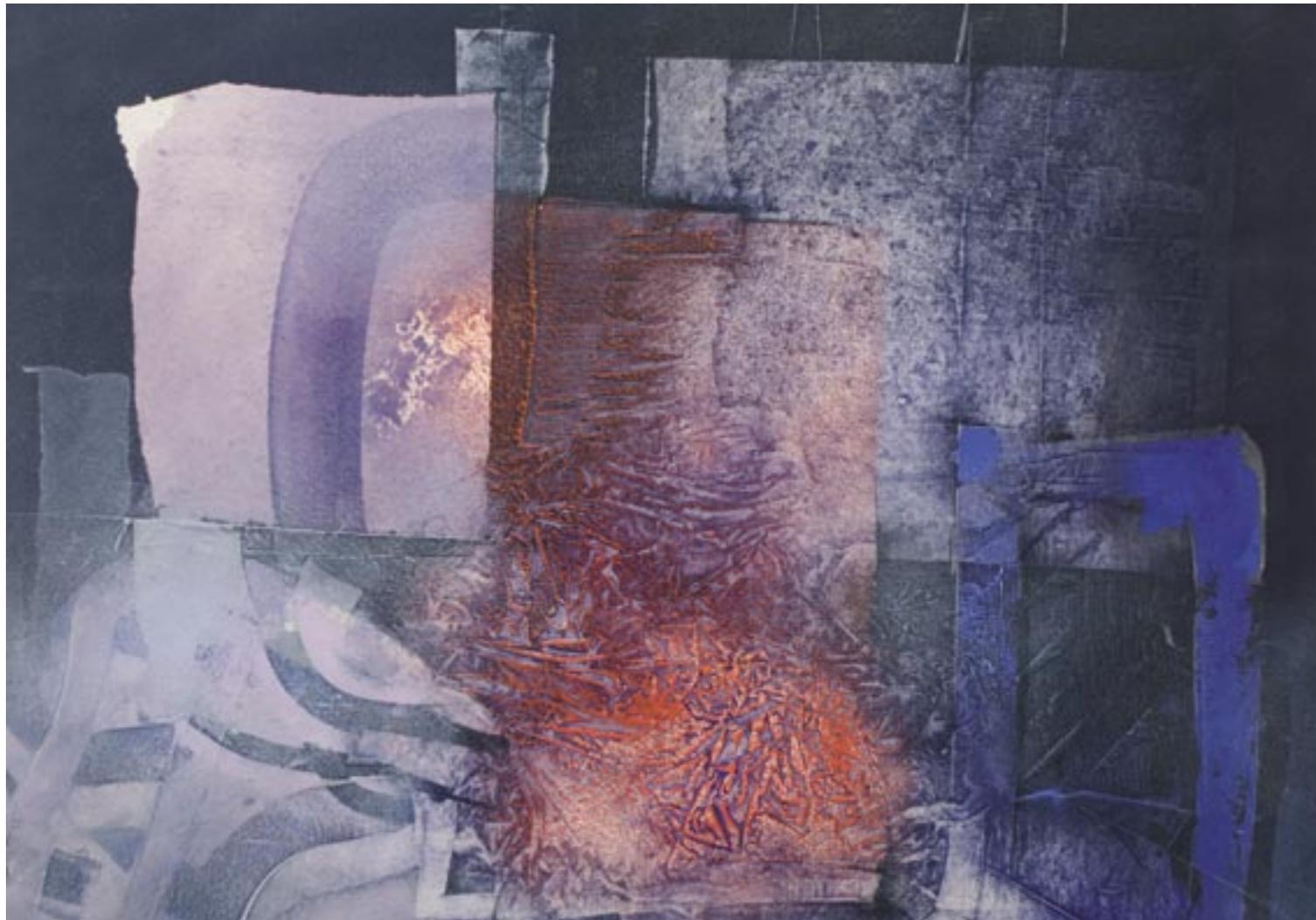
Pedro Rodríguez le he leído en más de una ocasión afirmar que no cree en la perfección ni en la madurez artística, es un pintor de espíritu inquieto y semblante sosegado, de largo recorrido, de formación autodidacta y búsqueda interior, sensorial e intuitiva. Quizá no persiga la perfección pero ahonda en el proceso de perfeccionar su discurso, de arriesgar e investigar en cada paso que da su obra, sabiendo que el proceso didáctico suele establecerse a partir de esa secuencia de errores a la que llamamos experiencia. Decía el escritor francés Eugène Dabit que “hablar de pintura lo interna a uno en un laberinto del cual no es fácil encontrar la salida”. Pero este drama conceptual no creo que sea algo que inquiete a Pedro Rodríguez, decidido como parece a instalarse y ampliar ese laberinto.

La pintura de Pedro Rodríguez pese a su aparente equilibrio o “lirismo evocativo” como diría Carlos Delgado, contiene una tensión mágica que habla del juego que se establece entre formas, colores y texturas, en un afán por experimentar, por desviarse continuamente de la realidad como punto de partida, y trabajar ese otro universo, interior, desde el cual establece su propia y ya reconocible voz como artista. Si la realidad aparece aquí visible, a través de bodegones, figuras o paisajes, debe entenderse, cada vez con más criterio, como un simple pretexto, una concesión a la memoria para continuar investigando en su particular camino de abstracción.

En este proceso de desmaterialización que supone todo ejercicio de síntesis, Pedro Rodríguez reproduce el viaje interior, se despoja de lo superficial, de lo objetual, para dar luz y esencia a lo que él mismo denomina “el perfume de las cosas”, el alma, el misterio de cada forma. Decía Hegel que la luz y la sombra debían ser coloreadas, y Pedro Rodríguez parece convertir esta premisa en un principio de ordenamiento básico de su propio universo plástico. A partir de aquí su pintura se convierte en un permanente campo de experimentación, donde unas simples granadas o médanos pueden resolverse en un auténtico ejercicio dialéctico sobre las formas y el color.

Pero incluso más allá de esta conciencia abstraccionista, la pintura de Pedro Rodríguez es también un espacio de sensaciones. Su investigación plástica corre a la par que su capacidad por crear atmósferas, donde los objetos desplazados de su ancestral primer plano emergen como memoria de la realidad donde nacieron, pasan a un segundo plano, con toda la carga de misterio y evocación que supone descomponer un fragmento de tiempo muerto. A partir de aquí sus cuadros poseen una intimidad subjetiva que nos desvela, ahora sí, a un poeta entretenido en depurar su lenguaje, en esa ingente tarea de procurar la poesía pura. Y de este proceso lúdico de espátulas y manchas intuitivas va naciendo un nuevo punto de partida sobre el cual habrá de volverse a definir su obra.

Afirmaba Henri-Matisse que “hay dos modos de expresar las cosas: mostrarlas brutalmente o evocarlas con arte”, y Pedro Rodríguez es maestro en el arte de la evocación, en esa sutil y frágil cadencia de sus formas, las que nos hacen viajar con vértigo y emoción hacia “el perfume de las cosas”.



Técnica mixta/ papel Superalpha. 44 x 34 cm.



Técnica mixta/ papel Superalpha. 45 x 35 cm.



Técnica mixta/ papel Superalpha. 45 x 32 cm.



A la izquierda, técnica mixta/ papel Superalpha. 63 x 48 cm.  
Páginas 86 y 87, técnica mixta/ papel Fabriano. 66 x 48 cm. (detalle)







La luz y las horas...

U

no, acostumbrado a estar en la inopia imaginando abstracciones, a la que es tan propenso el mundo del ajedrez, agradece siempre a Pedro Rodríguez su dimensión abstraccionista y la virtud de la Armonía. Una estación de metro en el Arte a la que pocos pueden subirse.

Para explicarlo, debo mantenerme lejos de los vocablos que establecen la igualdad temática, lo manido de la mirada convencional en los tiempos que corren, las palabras de los diccionarios de arte que, poco a poco, como los elefantes, se van retirando a morir a los cementerios.

Del artista me llama la sensación ante la nada en blanco, la respiración contenida en el camino de la dispersión, la consecuencia en su textura plástica, tan conseguida, me recuerda a la salvación estética nombrada por William Blake, sólo que más dulce. Más alegre o menos tétrico en la tarea de considerar lo bien hecho con olores, colores y música, porque consigue que las naturalezas dejen de estar muertas para convertirlas en vivas y brillantes. Veo luces tan nuestras de añiles impensables, un arcoiris de cabezos y terrenos campestres en los dedos de Pedro buscando a un Dios que Pedro consigue averiguar. Una fantasía creativa y un buen gusto evidencial que a todos de inmediato, se nos viene la figura de Juan Ramón para marcar con su estela de mercurio lo concreto y universal del talento de otro hijo predilecto de Moguer, elegido por los dioses del Parnaso, o si otros prefieren, por María Santísima.

Es la sensibilidad del espíritu, la luz especial de Moguer, de la que Pedro al igual que el maestro ha bebido y seguirá bebiendo. Esa luz de luces de puro contenido poético y enamorado de la que Pedro se halla impregnando con la nostalgia de un temple especial. Una luz interior que marca la inquietud de alguien que posee el prodigioso encanto de un Arte, y traza la singular línea que sólo desde el conocimiento y la pasión por hacer, reflejan la personalidad de este gran pintor, maestro del color. Poeta de la composición, al que admiro.

Técnica mixta/ lienzo. 115 x 115 cm.



Técnica mixta/ tablero. 115 x 115 cm.



Técnica mixta/ lienzo. 115 x 115 cm.



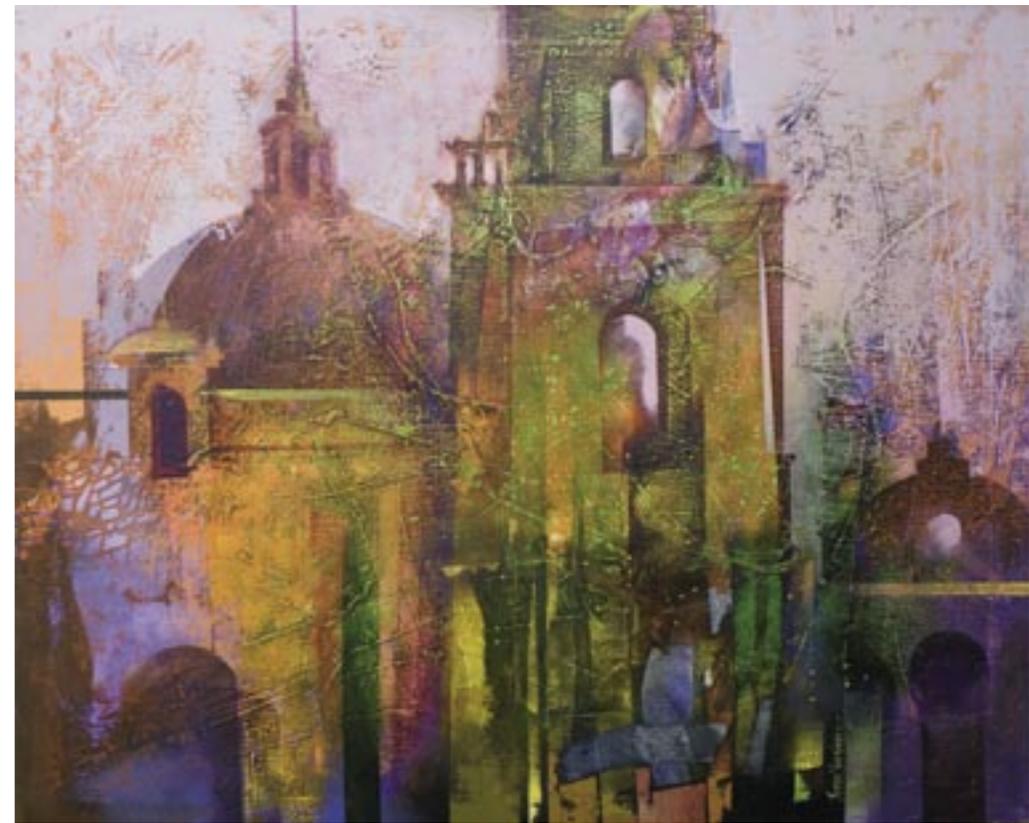
Técnica mixta/ tablero. 115 x 115 cm.  
Página 104, técnica mixta/ lino. 115 x 115 cm.  
Página 105, técnica mixta/ lino. 115 x 115 cm.







A la izquierda, óleo/ lino. 146 x 115 cm.



Arriba, óleo/ lino. 100 x 81 cm.



Pedro Rodríguez Cruzado  
Moguer (Huelva). 1948

#### INDIVIDUALES

- 2008 De la luz en lo transparente. Museo Provincial de Huelva.  
2007 Pintura en verso. Sala Pintora Charo Olías. Isla Cristina.  
2006 Técnicas mixtas. Galería Passage. Ayamonte.  
2005 Del bodegón y sus misterios. Museo Provincial de Huelva.  
2004 Obra sobre papel. Galería Margarita Albarrán. Sevilla.  
Arquitecturas de Moguer. Galería Álvaro. Sevilla.  
2003 Pinturas. Galería Passage. Ayamonte.  
2001 Granadas en sueño azul. Estudio Pedro Rodríguez. Moguer.  
2000 Pinturas. Galería de Arte Municipal. Isla Cristina.  
1995 Pinturas. Galería Cristina de Vicente. Huelva.  
1993 La realidad soñada. Galería Fernando Serrano. Moguer.  
1992 Acrílicos. Galería Avima. Denia (Alicante).  
Óleos. Sala Plus Ultra. Huelva. Caja de Ahorros de Huelva.  
Pinturas en homenaje a Vázquez Díaz. Galería Altéx. Madrid.  
1989 Paisajes. Galería Álvaro. Sevilla.  
1984 Pinturas. Colegio de Arquitectos de Huelva.  
1983 Retratos y figuras. Galería Álvaro. Sevilla.  
1982 Pinturas en homenaje a Vázquez Díaz. Galería Altéx. Madrid.  
1981 Ayuntamiento de Moguer.  
1978 Casa de la Cultura. Moguer.

#### COLECTIVAS

- 2007 Homenaje a Juan Ramón. Salas Aguado. Ayuntamiento de París. Distrito IX (Francia).  
Treinta años de carteles de cante jondo. Monasterio de Santa Clara. Moguer.  
Memorial Álvaro. Galería Álvaro. Sevilla.  
2006 Galería Passage. Ayamonte.  
Obras en las artes. Cocheras del Puerto de Huelva. Colegio Oficial de Arquitectos.  
Una mirada a Juan Ramón. Sala Felipe Godínez. Moguer.  
2005 Pintura y escultura en Huelva. Fundación Valdocco. Huelva.  
Horacio Noguera, in memoriam. Sala Pintora Charo Olías. Isla Cristina.

2004 Huelva Atlántico Sur-Europa. Concejo General del bajo Rhin. Parlamento Europeo, Estrasburgo (Francia). Instituto Cervantes de Bruselas, (Bélgica). Museo Provincial de Huelva.

2003 Pequeño formato. Galería Haurie. Sevilla. Artesevilla. Palacio de Congresos. Sevilla. Sobre el papel. Fundación El Monte de Sevilla. Museo Provincial de Huelva, Centro de Arte Moderno y Contemporáneo de Nerva.

2002 Homenaje a Overli. Fundación Caja Rural del Sur. Huelva. Pequeño formato. Galería Haurie. Sevilla. II Encuentro de artistas hispánicos. Casa Colón . Huelva. Delsur. Galería Carlos Ciriza .Pamplona. Estampa 2000. Galería Margarita Albarrán. Madrid. II Muestra de arte comestible. Carmona (Sevilla).

2001 I Encuentro de Artistas Hispánicos. Casa Colón. Huelva. La luz de Moguer. Monasterio de Santa Clara. Moguer. Desplegable. Galería Margarita Albarrán. Sevilla. Artesevilla. Expositores de Margarita Albarrán y Gráfica Estudio. Palacio de Congresos de Sevilla. El discurso de la pintura onubense en el siglo XX. Casa Colón. Huelva. Delsur. Museo Provincial de Huelva.

2000 Pintores de Huelva. Gráfica Estudio. Sevilla.

1999 Un mundo nuevo. Muelle de Las Carabelas. La Rábida. Huelva.

1998 Fondos de la Colección El Monte. Museo Provincial de Huelva. Un mundo nuevo. Muelle de las Carabelas. La Rábida. Huelva.

1997 Arco 97. Galería Fernando Serrano. Madrid. New art. Galería Fernando Serrano. Barcelona.

1995 El agua de la vida. Museo Provincial de Huelva.

1994 Salón siglo XX. Galería Fernando Serrano. Marbella. Málaga.

1993 Panorámica onubense. Galería Fernando Serrano. Moguer.

1991 La gastronomía en el arte. Luarca (Asturias). Pintores de Huelva. Galería El Marco. Sevilla.

1989 Pintores de Huelva a Génova. Palacio de la Academia. Génova (Italia).

1988 I Muestra de Arte Joven. Museo Provincial de Huelva. Dibujonuba II. El dibujo en los pintores de Huelva. Ayuntamiento de Huelva. Pintura actual. Galería Carmen Vázquez. Huelva. Pintores contra la contaminación. Casa de la Cultura. Huelva.

1987 Homenaje a Álvaro. Galería Álvaro. Sevilla. Huelva, arte actual. Galería Carmen Vázquez. Huelva.

1986 XXV Salón de Otoño de Sevilla.

1985 Salón Nacional de Pintura de Ayamonte.

1983 II Certamen Iberoamericano Vázquez Díaz. Diputación de Huelva. XXIII Salón de Otoño de Sevilla .Club Pineda. Salón Nacional de Pintura de Ayamonte.

1982 Primer Salón Iberoamericano Vázquez Díaz. Diputación Provincial. Huelva. Premio Andalucía. Salón Nacional de Pintura de Gibrleón. Cincuenta años de Pintura Andaluza. Granada.

1980 Pintura contemporánea onubense. Salón de la CANTV. Caracas (Venezuela).

1977 IX Salón de Pintura Andaluza. Ayuntamiento de Moguer.

1965 Certamen Provincial de Arte en Huelva. Certamen Nacional en Barcelona.

#### OBRAS EN INSTITUCIONES

Diputación Provincial de Huelva/ Fundación El Monte, Huelva y Sevilla/ Junta de Andalucía/ Compañía Telefónica/ Fundación Caja Rural del Sur/ Ayuntamiento de Moguer/ Galería Fernando Serrano/ Ayuntamiento de Gibrleón/ Ayuntamiento de Ayamonte/ Empresa Municipal Aguas de Huelva/ Ayuntamiento de Bollullos Par del Condado/ Ayuntamiento de/ Palos de la Frontera/ Colegio Oficial de Arquitectos de Huelva/ Colegio Oficial de Farmacéuticos de Huelva/ Ayuntamiento de Isla Cristina/ Autoridad Portuaria/ Cepsa

ANTONIO MANUEL CAMPOY. 1982.

Pedro Rodríguez es de Moguer, y los ángeles malva juanramonianos parecen asistirle y le asisten prestándole el suave encanto de su impresionismo a través de cuya óptica amable se recrean cosas y lugares andaluces, de los que quiere sertestigo comprometiendoenellos su sensibilidad de pintor.

Pedro Rodríguez. CARIDAD ORTA. 1984.

La juventud no se desprende de unos datos, sino de la frescura y vitalidad de su pintura. En buena parte de la actividad pictórica actual, destaca la prioridad otorgada a lo que se ha llamado la Concepción dinámica de la Plasticidad. Este dinamismo no se basa ni en la representación del movimiento, ni en aplicar este sentido de cambio, a la estructura de la composición. Sino que se recurre a modalidades lúdicas inacabadas, espontáneas, barrocas, difusas y con fuerte contraste en su propio abigarramiento. Todo en pro de potenciar una intención de lucha contra la objetividad artística y el orden académico.

Pedro Rodríguez, con un estilo propio no actúa simplemente, con un repertorio temático o forma, también deja transluir su actitud frente al mundo, una manera de ser, ver las cosas, condicionando así, su conversión en obras. El dinamismo del pintor brilla en la expresividad de sus cuadros, sacrificando el academicismo, nunca practicado en sus últimas exposiciones. Es un expresionista de géneros clásicos, no busca los temas dentro de sí, no parece ser

éste el principal problema del artista. Tal vez continúan motivándole los bodegones luminosos, pintorescas planchas de carbón y las hermosas vistas de su pueblo natal.

A la hora de pintar, deja en libertad su expresividad intuyendo el mundo que le rodea, deformándolo a fuerza de reflejos, una pintura vigorosa, color impetuoso a espátula, líneas y volúmenes desdibujados por el encabalgamiento de tonos y sombras esparcidas por el lienzo en toques amplios, empastados o transparentes, con una soltura y maestría que hacen de la pintura de Pedro, una muestra atractiva y valiente.

Aprisiona los efectos de luz a través de las ventanas o a pleno sol. Color vibrante pero sin estridencias ni violencia gratuitas, acentuando los empastes de la materia en algún contorno o algún reflejo de cada objeto, dejando diluido el resto del volumen.

Sus obras son ante todo color, pero un color sabiamente dosificado, haciéndonos ver los efectos lumínicos, que son la base de sus composiciones.

Pujantes manchas de color y vibrante vitalidad, casi abstrayendo lo real, desmontando lo verdadero para hacernos conocer su versión personal de las irasaciones del sol meridional.

MANUEL LORENTE. 1989.

Hace un par de veranos, después de conocer su primera exposición en Sevilla, tuvimos oportunidad de observar lo coherente de la evolución de este artista. Fue en su estudio,

frente al valle en que yace “Platero”. Allí, en las paredes, paso a paso, cuadro a cuadro, el apretado resumen de la trayectoria sin saltos, firme y seguro, del pintor hecho así mismo; en el caballete y en torno a él, las obras más recientes con las que éste iniciaba una nueva etapa en su carrera artística. Y es el fruto de ésta el que ahora nos muestra. Pinturas, algunas sobre papel, en las que la sensibilidad del colorista nato que peculiariza a Pedro Rodríguez se manifiesta en la armonía cromática de sus composiciones. En la atmósfera que envuelve a los seres, paisajes y cosas que lleva a sus obras. En ellas, la realidad pierde sus contornos, difumina bajo la espontaneidad de las manchas, lo imprevisto de unos chorreones de pintura y la vibración sutil de unas texturas sabiamente aplicadas, para adquirir el sugestivo encanto de lo apenas sugerido. Un expresionismo que más que grito, es acariciador susurro.

Pedro Rodríguez, la realidad soñada.

VICENTE TOTI. 1993.

El realismo, como pretexto que Pedro Rodríguez nos sugiere en la muestra que actualmente ofrece en la galería Fernando Serrano expresa de forma directa la pasión sin límites que siente por la pintura. Como todo gran artista, su sensibilidad le lleva a captar no solo lo que ve y le rodea, y que desde siempre formó parte de su yo pictórico, y por lo tanto, de su verdad expostiva, sino que este pintor moguereno hace de sus naturalezas muertas una fuente cotidiana de vida y estímulo para seguir viviendo. Trata a los objetos, flores o paisajes con el sentido de

un realismo mágico enmarcados con amplias veladuras y magistral trazo recto y autoritario, en contradicción flagrante con su sensibilidad exquisita y perfecta, conocedora del alma poética, que un entorno marcado por el aroma juanramoniano le marco a él y a todos sus paisanos que tras el divino loco - le llamaron – siguieron los pasos del arte, hecho a base de pigmentos de fino color, barnices o palabras y notas musicalizadas por los meandros del Tinto. Un equilibrado toque de luz aporta a cualquiera de sus obras el punto de descanso a que tiene derecho cualquier observador del actual arte contemporánea.

Una suave y relajada pincelada con apenas algunas gotas de azul ultramarino teñido de carmín de garanza claro y transparente puede sugerirnos y nos sugiere tanto o más que miles de abigarrados espatulazos o chorreones enmascarados de fácil postmodernismo y negligencia tan al uso, y abuso.

La sinfonía de color que nos propone, va íntimamente ligada al avance que se respira en un pueblo blanco y lleno de silencios. La ausencia del toque crítico o de un mensaje social o cotidiano la suple con el apunte de una visión exenta de resignación y embobamiento, una visión que aumenta la circulación sanguínea del espectador que se acerca a su obra y le hace sentirse mejor, más persona, más respetuoso con, llamémosle una flor, un jarrón o una simple lata de pintura usada en señalar cualquier paso de cebra.

La vida en torno a este mundo creado o recreado por Pedro Rodríguez es sentida, misteriosa y hermosa como los campos lilas, verdes y

amarillos de las tierras arenosas del Moguer sencillo, acogedor, cercano y también rosa, y eterno.

CARLOS MURCIANO. 1996.

Pedro Rodríguez, figurativo en sus inicios, recaló, luego, en una abstracción punzada de lirismo, para evolucionar de nuevo hacia un realismo semimágico, emotivo y cordial. Sus paisajes, bodegones y naturalezas muertas desvanecen límites y perfiles, y se funden –no se confunden– en planos y colores armónicos, ricos en veladuras, caleidoscópicas y sugestivos, reveladores de un claro concepto del equilibrio y el buen gusto. Pancho Cossio proyecta su sombra sobre estos lienzos sabios, que rebasan en luminosidad a los del santanderino, y que estallan de manera nunca estridente, en transparencias rosas, malvas, grises, amarillas, azules, a las que un verde súbito o un carmín inviolado contrapuntean y enriquecen.

Granadas de azul en el pintor Pedro Rodríguez. JESÚS VELASCO NEVADO. 2001.

Uno de esos diccionarios mastodónticos de la lengua española que nos resuelven tantas dudas, expresa sobre la granada que es “fruta redonda”, con una corteza dura de color rojo, que forma en su lugar opuesto a la inserción una pequeña corona; su interior está dividido en gajos por una película y cada gajo es un conglomerado de granos de un hermoso color rojo o granate”.

Las granadas de Pedro distraen en el poder del color las dudas del diccionario. Para hallar su definición debemos penetrar en las páginas de su obra total para que nos permita acceder a la respuesta de su misión como artista, a la identificación del objeto representado y a la autenticidad de su proceso pictórico.

Las granadas de Pedro, como respuesta a los interrogantes a surgir, se definen en el, puesto que nacen en él, como pretexto a un comportamiento sensitivo. Las granadas de Pedro se han apropiado con intenciones malévolas de una belleza mil formas aducidas por una granada que dice ser tal en el mar de definiciones de un diccionario o en el capricho de la naturaleza artística.

La granada fruto es sólo una granada objeto de seducción abierta de par en par a su propia miriada de sugerencias. La granada se cita así mismo en el árbol o en la mesa. Sobre el lienzo, en cambio, despliega ilusión, emoción, talento y todo un haz inusitado de embustes intelectuales.

Las granadas comportan formas amorfas, desinteresadas, toscas, rugosas y oblongas. Caen del árbol como un meteorito del cielo. A continuación, hay que investigarlas, descubrir la procedencia de su mundo. De su interior no se puede decir un tanto más que de los mismos, porque, como las formaciones cristalinas, se despierta brutal un rumor intenso y calidoscópico que hace deslizar multitud de narraciones. Por dentro es todo luz, por fuera, en la luz de la sombra o sombras en luz, es todo penumbra. Pedro, que sabe sacar al sentimiento exterior la concordancia/oposición de lo interior, bautiza en cada obra un nacimiento inesperado. Todo

es igual, más nada nos recuerda a lo anterior. Las granadas de Pedro no son granadas al uso, son granadas de las llamadas zafarí, zaharí o zajarí, puesto que sus granos son cuadrados, más cúbico que la trama alumbrada en esquivos esviajes de los planos alternativos-entrelazados de la composición de sus naturalezas. Pedro Rodríguez pinta como mira y siente en la vida, a borbotones tímidos de sangre y sentimientos, con la intermitencia espontánea de lo natural. No enfoca, atomiza el objeto en una fragmentación infinita, estallando (en granos a efecto de lanzamiento de granadas de diversas intensidades) el motivo en una sinfonía intermitente de lo que podríamos llamar, si nos lo permite la literatura artística, perspectivas equívocas multifocales.

Pedro ha hecho de las granadas (como con anterioridad con las botellas un claro ejercicio de egoísta pertenencia). Se ha apoderado de ellas en la disección interior y exterior, en un círculo vicioso que las ve, interpreta, aparenta y asimila. En todo ese ciclo vital (volitivo, intelectual y profundamente sensitivo), se compromete a enseñarnos un hermoso recital de esencias (tangibles como inaccesibles).

Como en los grandes del arte de la pintura, encuentra su mejor estado en las pequeñas sensaciones, caso de Cezanne, que encontró la vida y el futuro en lo imperceptible. Y ahí florece un gran Pedro. Y lo encontramos no en la granada en sí la desnuda y abierta, sino en el grano cerrado que nos induce a testimoniar que la granada se sensibiliza a la vista en la aparente fragilidad de un color que no se estudia del natural, que tan sólo se halla en las

interpretaciones del sueño (en azul).

De sus granadas me gustaría exprimir palabras como las que Meyer Shapiro realizó de las manzanas de Cezanne. Como sé que eso es imposible, voy a terminar mis palabras para tomar gusto, regusto y devoción por estas granadas con dueños que se cuelgan de la pared.

No sin antes destacar que estas granadas me recuerdan en su atmósfera poética, no por influencia, sino por capacidad de presencia superlativa, a las manzanas de pedregal geométrico de Cezanne, a las flores socorridas al sol-luna de Van Gogh, al aire esculpido en soledades de Vázquez Díaz, a las botellas sin ánima y silenciosas de Morandi, a los campesinos ilustrados de Zabaleta, a la cósmica y telúrica sencillez de Bores, Gris y Cossío, a las flores de papel en agua de Redón o de nuestro Orduña Castellano cuando jugaba con fuego y decoró sin quemarse la grandeza de la carestía, al festival de cromatismo de Bacarizas y Anglada Camarasa, al ascetismo confidencial de Zurbarán y a la agónica búsqueda orgánica de Georgia O'keefe.

Pedro Rodríguez, sentenciador de imágenes cruzadas, forma su estima artística en la honestidad carcelaria del artesano transmisor de silencios. En esos silencios, con ecos a todos aquellos que hemos mentados y a otros muchos que se nos olvida en la tinta, se encuentra una de las imágenes pictóricas más personales que podamos encontrar y con más sabor a autor de lo que podamos creer. Pedro Rodríguez no es un rompedor, ni lo pretende; quizá ni hijo de su tiempo, ni falta que le hace. Pero a este que escribe y habla, vestido de granada con

botellas al fondo, no le importa sentenciar que Pedro Rodríguez Cruzado, nacido y residente en Moguer, es un maestro de naturalezas muertas revividas a golpes de gajos y vidrios. Y de qué belleza.

Pedro Rodríguez. del bodegon y sus misterios. CARLOS DELGADO. 2004.

Serenamente meditada, la evolución de Pedro Rodríguez hacia formas abstractas no ha conllevado una eliminación absoluta del referente figurativo. Consciente de que el arte no se puede clasificar en cajones estancos, el artista asume un compromiso híbrido pero perfectamente formulado: el color se deshace y deja paso a una forma susurrante, que nos descubre un dato visivo latente que nunca se manifiesta en su plenitud sino en su esencia.

Tal vez ese proceso de desmaterialización lo que envuelve de misterio a esta pintura honda y caleidoscópica. Dotada de múltiples luces, colores y veladuras dueñas de un vibrante temblor. Intuimos detrás del contorno de su fino dibujo, un tema, el bodegón, que pese a desarrollarse hacia parámetros abstractos no elude su tradición como género contemplativo, donde el espectador pueda fascinarse en la belleza de las formas y el misterio de su mensaje.

En cierto sentido, Pedro Rodríguez mantiene estos dos parámetros de acción, sustituyendo la rotundidad de las formas por un repertorio tonal de exquisitas calidades y el orden sereno de los bodegones clásicos por unas composiciones profundamente estudiadas.

De tal forma, queda el eco de las formas puras, su reflejo centelleante, la esencia de su color, los matices de su materialidad. Eso es lo que parece representar Pedro Rodríguez gracias a un nítido conocimiento de sus recursos de oficio: dibujo, luz y color se organizan con serenidad o barroquismo según composiciones, pero siempre bajo una trama coherente.

De Pedro el grande, Zar de la luz. ABELARDO RODRÍGUEZ. 2004.

¿Qué fue, si no, el Universo abriéndose, un reguero de gemas que Pedro aventó al mundo, un núcleo magmático de par en par, corazón líquido, big-bang compuesto en el espacio de la nada con un orden geométrico exacto (Dios no juega a los dados)?

Color, orgía del color, orgasmo del color y variaciones sobre lo mismo: la granada como pretexto, la granada abierta, la granada rota, la esfera-granada, geología vegetal, formaciones de agua coagulada, granada del vidrio, de las cuentas con luz de crepúsculo, engastada en el alma de la fruta.

De grano, graneado, grana, en el espacio temporal, eterno, solo, esencial, abierta, como un sexo derramándose jugosa, viva, rubies en cadena rojo pichón, en escorrentía mística, que plasma la soledad de quien se hace Rodríguez niño, de Moguer, de tierra con mar en fondo de terraza, técnico, exacto, Morandi de la campiña que con los ojos de domingo – tristes, inquisitivos, litúrgicos – representa lo sólo que en su espacio sin nadie habla y canta y dice por

ausencia, y ahí está quién lo organiza, el hombre, Pedro el que de la piedra mana y emana su fuerza, su minimalismo, el que dice no diciendo por hueco, Pedro de los fervores familiares, sólo frente al páramo, la mesa, el espacio absoluto donde sus joyas se desangran y en sílabas de colores desgranar su nombre Pedro-Rodríguez, de Moguer con Luna. Pintor Grande, Cósmico, Absoluto, que va de lo concreto a lo universal. Zar de la luz.

Pedro Rodríguez en su abstracción. JOSÉ MANUEL GÓMEZ Y MÉNDEZ. 2004.

Los días marcan a las personas y por supuesto señalan las pautas en la trayectoria humana. Toda creación es parte del ser y proyección del quehacer en su dimensión social. No es lo mismo el ayer que hoy y quizás distinto en el mañana, siempre que toda dinámica no sea uniforme y el cerebro bulla en una acumulación de ideas dentro de la asimilación del conocimiento, enriqueciéndose además con la permanencia en el desarrollo de una actividad como constante de un aprendizaje...

Digo la reflexión anterior para poder resumir en ella la vida plástica de Pedro Rodríguez desde mediados del siglo XX, desde su juventud en las calles de su natal Moguer hasta su madurez por ciudades europeas. Siempre asimilando, puliendo las ideas desde la individualidad (y no por ello en abandono de la amistad) en una habitual plasmación de identidad en su obra, valorada y admirada por muchos, con éxito en galerías y en certámenes, con proyección social...

Acontece en biografías de reconocidos creadores que la madurez aporta saltos creativos, inicios de nuevos senderos, experimentaciones que a veces se quedan en nada y otras son plenitudes inigualables... Y ahora en la obra plástica de Pedro Rodríguez surge un nuevo hito en su creación: el artista comienza a dejar sus acciones en parcelas figurativas para adentrarse en la abstracción... No se produce por un deseo de cambiar. No... En un análisis de sus cuadros puede verse que el pintor no es el mismo en el tiempo dentro del figurativismo, que los años le fueron marcando los ritmos visuales en un lenguaje comunicativo muy personal ante el que se vibraba al contemplarse su cromática dentro de imágenes sensitivas... Quizás el tiempo en la serenidad del pensamiento, sin agobios exteriores, hace que la mente madure y el creador necesite nuevas parcelas para continuar diciendo, para seguir siendo el mismo con códigos distintos dentro de una impecable textura, con colores experimentados y abiertos a sugerentes horizontales. Un diálogo del pintor en horas de trabajo en las soledades de un estudio donde el tiempo se hace infinito cuando uno se siente pintor en el "gene" de sus neuronas y la energía impulsa a la exteriorización creativa... Cuanto expreso acontece en el día a día actual de Pedro Rodríguez. Si se contempla su obra, se apreciará ese ir hacia una transformación en su quehacer dentro de un ejercicio pictórico constante. Y atención: no le dejemos de observar para el mañana pues podría depararnos gratas sorpresas ya que su tiempo no está consumado y, por consiguiente, suspendido en la infinitud de las imágenes...

Museo de Huelva del 3 de diciembre al 1 de febrero.

Martes, 14.30 - 20.30 horas.

Miércoles a Sábado, 9.00 - 20.30 horas.

Domingo, 8.30 - 14.00 horas.